

oportuno concesiones á los husitas moderados, los calixtinos, para dividir así las fuerzas de los bohemios; pero ante la contingencia de que podían aliarse á ellos otros pueblos enemigos de los alemanes, comprendió que era urgente buscar también aliados para recuperar el reino de Bohemia. En este país y en el Norte y Este la raza eslava estaba armada contra los alemanes. Hacia unos diez años que la órden teutónica había quedado poco menos que aniquilada en la ya citada batalla de Tannenberg, en la cual quedaron vencedores los polacos y lituanos; y el rey de Polonia estaba mas irritado que nunca contra los alemanes, á causa de la sentencia arbitral favorable á la órden teutónica que Segismundo y el consejo de príncipes del imperio pronunciaron en Breslau. Una union de los polacos, lituanos y otros pueblos eslavos limítrofes de los checos de Bohemia contra los alemanes era inminente, puesto que los checos ofrecieron la corona de su país al rey de Polonia y Lituania. Si esta union se hubiese realizado, se habrían alzado los enemigos que Segismundo tenía en Hungría, y los turcos no habrían dejado escapar tan buena ocasion para extender su frontera hácia el Oeste. Del imperio alemán no podía esperar Segismundo ningun auxilio, aunque los príncipes no se hubiesen apartado casi todos de él desde el concilio de Constanza. Pero con su habilidad diplomática logró que el rey de Polonia no aceptara por lo pronto la corona de Bohemia, y así quedó reducido el peligro á los husitas. Este peligro no dejaba de ser formidable, no pudiendo contar Segismundo con mas auxilio para someter á los sublevados que el del duque Alberto V de Austria, con quien había desposado en 1411 á su única hija Isabel, que á la sazón tenía solo dos años de edad. En virtud de estos desposorios, Alberto V había sido declarado heredero presunto de las dos coronas de Bohemia y de Hungría, y por su interés propio debía auxiliar á su suegro. A este auxilio debió Segismundo los medios de sostener durante largos años las terribles guerras husitas.

No había concluido el año 1421 cuando Segismundo se puso en campaña; y despues de tomar la plaza fuerte de Kuttenberg, en Moravia, sometió de nuevo este país, que se había unido á los husitas, y rechazó á éstos, mandados por Ziska, mas allá de la frontera. Satisfecho de este resultado, diseminó su ejército por el país, y entonces fué sorprendido por Ziska en enero de 1422 y derrotado completamente cerca de Deutschbrod (1). Segismundo se salvó apelando á la fuga. El pánico se extendió por los territorios alemanes vecinos; se temió la invasion de los irresistibles husitas y un alzamiento de los siervos rurales y en general de las clases bajas, entre las cuales se contaban prodigios de los husitas, mientras los apóstoles de éstos hacían entre el oprimido pueblo alemán una propaganda activa. Indicios de una fermentacion sorda y siniestra empezaban á inquietar á los señores feudales. Una invasion de los herejes bohemios podía dar lugar en Alemania á una revolucion social, y el imperio era completamente incapaz de rechazar semejante invasion con las armas y con la energía necesaria. Verdad es que en otoño de 1422 se efectuó en Nuremberg una composicion ó convenio entre Segismundo y los príncipes del imperio, á los cuales se había agregado Federico I de Brandeburgo, disgustado de la política desacertada del rey; pero aun admitiendo que cada uno de los miembros del imperio hubiese aportado los contingentes que le correspondían, semejante ejército, compuesto de tropas tan diversas y mandado por tantos jefes, no se habría podido oponer con éxito á un enemigo tan formidable como los husitas. Para no caer

(1) En checo, Nemecky Brod. Ambos nombres son oficiales. (N. del T.)

en este inconveniente se convino en la citada conferencia en exigir un impuesto sobre la renta, impuesto que era una innovacion ó reforma del antiguo derecho de lanzas, el cual se convirtió en una contribucion en metálico para asalar un ejército de soldados mercenarios, en lugar de formar un ejército de los distintos contingentes. Las ciudades que dependían directamente del imperio se opusieron mas que nadie á esta contribucion, porque con razon temían que al fin serían ellas las mas recargadas; pero como el peligro arreciaba, se volvió siempre á tratar de este recurso, hasta entonces desconocido en Alemania.

En la citada conferencia de Nuremberg se había fijado el contingente armado que correspondía á cada miembro del imperio; pero esta fuerza, llamada ejército del imperio, solo figuró en el papel, y la fuerza que se reunió en 1422 fué tan incompleta y escasa que el elector de Brandeburgo, encargado de su mando, nada habría hecho con ella, por grande que hubiese sido su buena voluntad y destreza, á no haberse debilitado por divisiones interiores la fuerza de los husitas. Habiendo rechazado Uladislaw IV, rey de Polonia, la corona de Bohemia, á pesar de haberle sido ofrecida repetidas veces, el partido moderado husita le ofreció al príncipe Litoldo de Lituania, el cual la aceptó, pero envió en su lugar á su sobrino Coributo, á quien no quisieron reconocer los husitas extremos. En Praga se alzó el pueblo, y para acudir allí Coributo, que estaba sitiando á Carlestein, tuvo que pactar un armisticio con el ejército alemán, que había acudido al socorro de la plaza. Accediendo á instancias repetidas del Papa, el rey de Polonia y el príncipe de Lituania, en una entrevista que tuvieron con Segismundo, prometieron á éste su auxilio armado contra los rebeldes de Bohemia, pero no realizaron su promesa. La cruzada que el Papa hizo predicar contra los husitas, prometiendo á los que tomaran parte en ella toda clase de bienes celestiales y terrenales, atrajo bastantes caballeros pobres y aventureros, pero esta clase de combatientes de poco sirvieron contra los husitas. Entonces Segismundo y el imperio alemán tuvieron la fortuna de que estallara en el campo husita una feroz guerra intestina entre los exaltados y los moderados, ó sea entre los taboritas y los calixtinos, que contaban entre sus miembros á los grandes barones y á la clase media de la capital. Los barones se compusieron con Segismundo; pero con este pacto no quisieron conformarse los calixtinos de Praga, que habían admitido en la capital á Coributo, el rival de Segismundo. Para castigarlos marchó el terrible Ziska contra la capital, la cual se salvó á duras penas de la destruccion. Ziska, el temible general ciego, se dirigió á Moravia para arrojar de allí al enemigo; pero antes de llegar murió de la peste en el mes de octubre de 1422. Su muerte fué una pérdida inmensa para la causa husita. Mientras vivió, se le habían subordinado voluntariamente los capitanes ó directores compañeros suyos, y las masas husitas habían formado una fuerza unida en sus manos á pesar de sus antagonismos intestinos. Muerto Ziska, se separó de los taboritas un partido llamado de «los huérfanos,» porque habían perdido en Ziska á su padre. No faltaban otras divergencias intestinas, pero continuaron todos unidos contra el enemigo comun, especialmente cuando volvieron á atacarles las fuerzas alemanas.

Habíase juntado contra los rebeldes con Segismundo y Alberto de Austria, el príncipe elector Federico de Sajonia, cuyo territorio era el mas expuesto á una invasion husita; y por otra parte, los príncipes electores, á principios del año 1425, formaron en Bingen una alianza defensiva contra la herejía. Para esta alianza no contaron con el rey Segismundo; y cuando éste pidió al imperio un ejército de 30,000 hombres contra los husitas, los príncipes dieron largas al

asunto, con grandísimo perjuicio de Segismundo, pero también de Alemania. Entretanto los husitas, unidos otra vez, aprovecharon la desunion de sus enemigos: devastaron la Moravia y el Austria y trataron de penetrar por el valle del Elba en Sajonia. Pusieron sitio á Aussig, que les interceptaba el camino, y habiendo sido allí atacados á su vez por un ejército alemán reunido á toda prisa en Sajonia, lo derrotaron tan completamente, á pesar de su inferioridad numérica, pues que apenas llegaban á la mitad de los alemanes, que le hicieron huir á la desbandada y perder la cuarta parte de sus combatientes. Los vencedores se apoderaron de un botin inmenso, y la plaza de Aussig les abrió sus puertas.

Si entonces los husitas hubiesen entrado en Sajonia, todo el país habría caído en su poder, porque las ciudades difícilmente habrían resistido la primera arremetida del enemigo. No lo hicieron por divergencias interiores: mientras un partido estaba por la invasion, el otro no; luego fué menester rechazar á un ejército austriaco, que fué derrotado, pero entretanto se salvó el territorio sajón.

Los taboritas ó husitas exaltados despues de la muerte de Ziska se regían por un consejo de tres capitanes, entre los cuales el mas autorizado era un sacerdote y ex-fraille llamado Procopio el Mayor, que fué el que dirigió como jefe las operaciones militares y el que con la cooperacion de los husitas moderados de Praga, mandados por Coributo, había tomado la plaza de Aussig. Procopio no quiso por entonces pasar mas adelante con los suyos, pero en cambio derrotó en noviembre del mismo año 1426 á los austriacos cerca de Lundenburg. Estaban así divididos los dos bandos husitas cuando se supo que Coributo hacia traicion á los suyos negociando secretamente con la curia. Al instante quedó abandonado por los calixtinos de Praga, que le obligaron á salir de Bohemia, y se restableció la union entre los husitas moderados y los exaltados. Entonces los príncipes alemanes tomaron disposiciones de defensa mas enérgicas que antes, determinando en Francfort, en la primavera del año 1427, que de todos los hombres aptos para el servicio de las armas se sacara á la suerte el vigésimo y se formaran con la gente así reunida batallones de mil plazas, subdivididos en compañías de ciento y éstas en secciones de diez. Se adquirieron piezas de artillería y carros, de que tan bien se servían los husitas, y se redactaron ordenanzas severísimas para asegurar la disciplina y el órden. Pero en lugar de confiar la direccion de este ejército al rey ó á un general nombrado por él, los príncipes electores se la reservaron para sí en comun, de modo que todo resultó inútil. Por otra parte, el impuesto general sobre la renta no fué admitido, y sin este recurso el nuevo ejército tenía que quedarse en el papel.

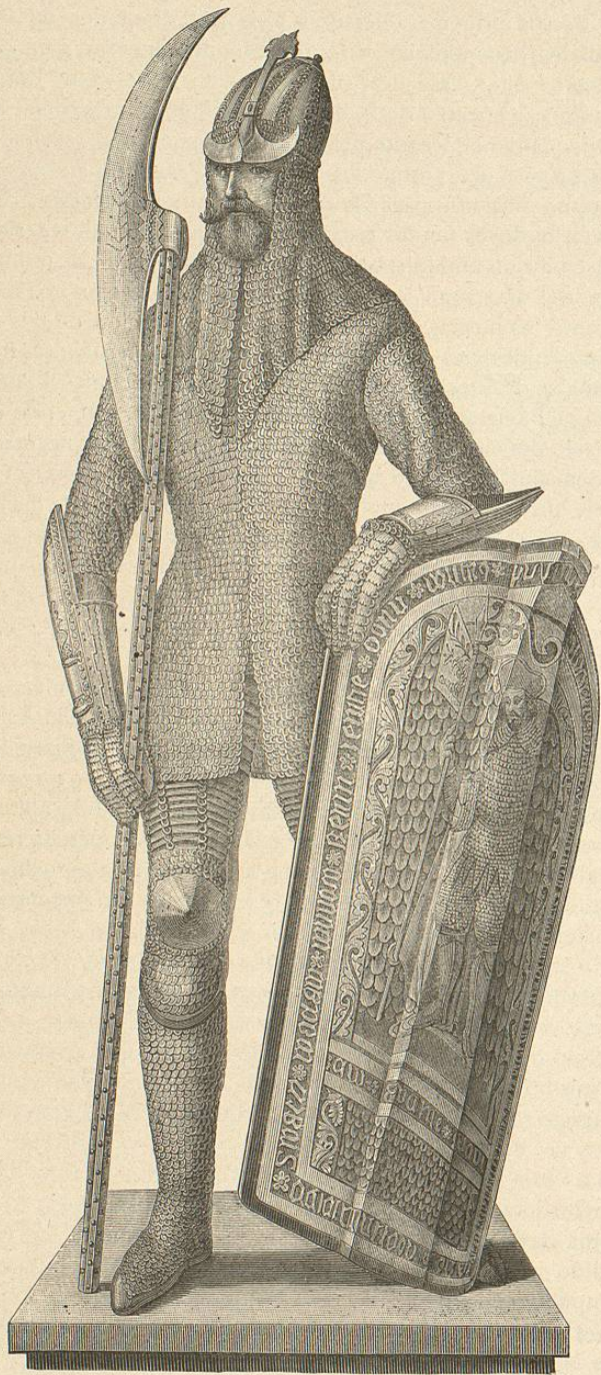
Entretanto los husitas invadieron sucesivamente el Austria, la Silesia y la Lusacia, llevándolo todo á sangre y fuego, y arrollaron á un ejército que les salió al encuentro cerca de Zittau. Apenas en ninguna parte se les opuso resistencia: el pueblo alemán parecia haber perdido sus cualidades militares; su antigua fama guerrera quedó vergonzosamente ofuscada por la impotencia militar del imperio. A falta de un ejército alemán imperial reunióse un ejército de cruzados, en el cual se alistaron fuerzas de todas procedencias: la órden teutónica envió un contingente; el obispo Enrique de Winchester, tio de Enrique VI y cardenal legado encargado por el papa Martin V de la direccion de la guerra santa contra los herejes de Bohemia, acudió con un buen cuerpo de arqueros ingleses, y muchos otros se unieron también á la cruzada. Este ejército penetró en diferentes secciones de Bohemia, y verificado que hubo su union emprendió el sitio de la plaza fuerte de Mies; pero á la simple noticia de la aproximacion de los husitas se desbandó y repasó la frontera.

En vista de tan grande ignominia, un parlamento reunido en Francfort en noviembre de 1427 resolvió que con destino á la guerra contra los husitas las rentas eclesiásticas pagaran el 5 por 100, las rentas laicas de mas de mil florines contribuyeran con un florin por mil, y las de doscientos florines hasta mil, con medio florin. Además se decretó una capitacion graduada segun las clases sociales, debiendo administrar los ingresos así obtenidos una comision de representantes de los príncipes electores y de tres diputados de las ciudades dependientes directamente del imperio, á fin de halagar á éstas y asegurar su cooperacion. Federico de Brandeburgo se encargó de la direccion militar en union con el citado cardenal legado del Papa. Tampoco dió resultado esta disposicion, porque los nobles y el clero en su mayor parte no quisieron pagar la contribucion, y los príncipes depositarios de los fondos recaudados no quisieron entregarlos á la comision administrativa; de modo que llegó la primavera del año 1428 sin que el imperio tuviese ejército. Entretanto los husitas emprendieron una expedicion de tala á Hungría; despues asolaron la Silesia, redujeron á cenizas los arrabales de Breslau, y extendieron sus expediciones á Austria y á Baviera. En esta situacion vergonzosa, siguiendo el consejo del elector de Brandeburgo, se entablaron negociaciones con el partido moderado husita, á pesar de ser evidente que para alcanzar algo por este camino habría que hacer concesiones grandes é inmediatas. Estas negociaciones sin embargo, intentadas en enero de 1428, no hicieron mas que engreír á los husitas, aumentando por un lado su confianza y por otro el recelo que al partido extremo inpiraban los moderados.

Desde entonces la revolucion husita extendió sus oleadas cada vez mas léjos fuera de los confines de Bohemia. Esta marea, que amenazaba acabar con la riqueza y civilizacion de Alemania, llegó á su mayor auge en los años 1429 y 1430. Silesia y Lusacia fueron devastadas de nuevo; desde allí se derramaron las turbas husitas por la Sajonia; un ejército respetable reunido cerca de Grimma se replegó á la aproximacion del enemigo sobre Leipzig, y los husitas sin encontrar resistencia atravesaron la Sajonia y se arrojaron sobre la rica comarca de Bamberg, quedando abierto delante de ellos el Mediodía de Alemania. Entonces, Federico de Brandeburgo negoció una tregua hasta mediados del verano, y en cambio de una fuerte suma de dinero se retiró el enemigo. Al mismo tiempo se convino entre las partes celebrar un congreso en Nuremberg para tratar en él de la religion husita y ver hasta dónde estaba basada en la Sagrada Escritura.

La curia romana dió otra vez al traste con esta política conciliadora, pero su intransigencia encontró hasta en Alemania cierta oposicion, porque se decía allí que se habría podido evitar toda la calamidad husita si el Papa hubiese cumplido con las obligaciones contraídas por él en Constanza y hubiese satisfecho los clamores de reforma, mientras Martin V ni siquiera se había dignado aparentar que iba á cumplir lo pactado. Habíase reunido un concilio en 1423 en Pisa, que fué trasladado primero á Siena y luego disuelto tan pronto como trató de discutir reformas; mas para tranquilizar la opinion pública, decretó el Papa al propio tiempo la reunion de un nuevo concilio para el año 1431 en Basilea. Contra la voluntad de Martin V, este concilio revistió mucha importancia para Alemania á consecuencia de los sucesos que entretanto acaecieron, principalmente los relativos á la calamidad husita. Púsose de nuevo á discusion la cuestion de la reforma y la de la paz con los husitas, por lo menos con los calixtinos, cuyas exigencias eran en gran parte las mismas del partido reformista; por manera que si el proyectado concilio llegaba á contentar á este partido se

quitaban á sus adeptos los motivos que les habian inducido á hacer causa comun con los terribles taboritas y orfanitas. Esta opinion tenia tambien defensores hasta en el colegio cardenalicio, en el cual se consideró ya el caso de proceder sin el concurso del Papa si éste llevaba su obstinacion demasiado léjos; pero Martin V fué prudente y cedió, con la esperanza de dominar así mejor el movimiento. Nombró al



Armadura de un guerrero checo (bohémio) del siglo XV, con su pavés.
Consérvase en el Museo de Tzarskoe-Selo

cardenal Cesarini, encargado de la direccion de la nueva cruzada contra los husitas, presidente del futuro concilio de Basilea. Poco despues murió Martin V y le sucedió en la silla apostólica el cardenal Condolmieri con el nombre de Eugenio IV. Era varon de conducta inmaculada, pero su rigidez y severidad eran las de un asceta fanático y monacal, y si permitia esperar que se obtendria de él alguna reforma puramente mecánica y exterior, no habia que pensar en que se apartara en todo lo demás de las tradiciones de la curia romana. En efecto,

todo su afán fué inutilizar el concilio, que por lo demás estuvo tan poco concurrido de miembros del clero que parecia condenado desde un principio á una existencia puramente nominal. Así, cuando Cesarini lo hizo inaugurar por medio de un representante suyo, á fines de julio de 1431, no podia ni pasar por una representacion de toda la Iglesia ni ser peligroso para el Papa.

Pero entonces ocurrieron los sucesos que dieron súbitamente tan grande importancia á este concilio, el cual vino á ser casi la última esperanza de salvacion del imperio y de la Iglesia. Las negociaciones que se habian continuado con los husitas en Eger en la primavera del año 1431, despues de la tregua obtenida por el elector de Brandeburgo, no habian dado ningun resultado, porque se exigió que los husitas se sometieran al fallo del concilio, á lo cual éstos no quisieron acceder. En cambio se vió claramente que con ellos simpatizaba la opinion pública; los husitas se quejaban de que en el congreso de Eger no se les habia permitido exponer la concordancia de su religion con la Sagrada Escritura, y decian que si se renovaban los horrores de la guerra con mayor violencia que antes, no tenian la culpa ellos.

Entretanto la cruzada que Cesarini habia hecho predicar habia producido un ejército numeroso que contaba cerca de 120,000 combatientes, de los cuales una tercera parte estaba montada. Se habia confiado el mando efectivo al elector de Brandeburgo; pero esta hueste numerosa no inspiraba confianza y se temia que al primer encuentro con el enemigo se dispersara, como sucedió en efecto. Al principio obtuvo algunas ventajas, porque los husitas se habian desparramado por el país á consecuencia de la falta de víveres, y los cruzados, que habian penetrado en Bohemia cerca de Tachau, al Sur de Eger, pudieron impunemente talar el territorio. Pero súbitamente, en 14 de agosto, cerca de Tauss, al Sur de Pilsen, donde acampaban los cruzados, se presentó el enemigo en masas cerradas con sus carros. A su vista los cruzados quedaron sobrecogidos de espanto; nadie pensó en hacer frente á aquellas masas, todos se arremolinaron y cada cual se cuidó solamente de su salvacion. A la llegada de los husitas estaban derrotados ya los cruzados, y aquellos solo tuvieron que ocuparse en perseguir á los fugitivos y matar á los que alcanzaron. Espantosa fué la matanza que hicieron.

El soberbio ejército, el mayor que Alemania habia reunido, estaba destruido ignominiosamente, y al temor de una nueva invasion husita se unió la vergüenza de lo sucedido. Nadie habia esperado tanta ineptitud y cobardía en los nobles y en los soldados, clérigos y laicos, y el pueblo atribuyó este gran desastre á traicion de los magnates, acusándoles de connivencia con los husitas y de haber entregado á la matanza á la infantería, formada de la gente baja y humilde. El pueblo, trabajado ya por las doctrinas socialistas de los taboritas y descontento de la Iglesia, entró en fermentacion, y el movimiento de Bohemia amenazaba comunicarse á cada momento á Alemania, donde las masas, prontas á quebrar sus cadenas, tomaron una actitud amenazadora en frente de los príncipes y magnates. Si los husitas hubiesen invadido entonces la Alemania, habrian sido recibidos en muchas partes con los brazos abiertos, como salvadores y libertadores. Se trataba nada menos que de la existencia del imperio. Segismundo no dió señales de vida; el ejército alemán habia resultado tristemente ridículo; la Iglesia impedia la paz con su obstinada resistencia á toda concesion; los príncipes y la nobleza habian perdido todo crédito, y el pueblo empezaba á amenazar con ayudarse á sí mismo. La Alemania era un caos en que estaba á punto de hundirse el orden religioso, político y social. La única estrella de salva-

cion fué la asamblea reunida en Basilea, de la cual hasta entonces nadie habia hecho caso. A ella se dirigieron súbitamente todas las miradas.

Los sucesos de los últimos años habian demostrado que no bastaba ya la reforma de la Iglesia, sino que esta reforma religiosa debia ir enlazada con otra reforma política y social, pues que las instituciones políticas y el orden social estaban en la Edad media íntimamente confundidos con la vida religiosa y de la Iglesia. A esta obra parecia estar llamado el concilio de Basilea con la cooperacion de Segismundo y de los príncipes de Alemania. La suerte de la Iglesia y del imperio alemán estaba colocada en manos del concilio, que súbitamente se vió convertido en centro del desenvolvi-

miento de ambos. Su actividad inicial correspondió casi á esta su mision: el presidente Julio Cesarini, hombre de voluntad firme, animado de los mejores deseos, á la par que diestro y amable, se ganó las simpatias de la asamblea, y su consejero Nicolás de Cues, jóven alemán admirado por su vasta erudicion, en su celeberrima obra: *De unitate catholica*, expuso con precision y claridad el programa del partido reformista moderado. Pronto, sin embargo, se agitaron los elementos extremos y levantaron su voz apoyados por el Papa, que con obstinacion ciega no pensó mas que en disolver el concilio. Cuando el clero de esta asamblea, bajo la impresion del desastre de Tauss, en octubre de 1431 ofreció en una carta conciliadora á los jefes de los husitas oír



Alemanes armados del primer tercio del siglo XV.

El centro lo ocupan príncipes y caballeros bávaros; el grupo de la izquierda lo forman los ciudadanos de Munich. Los pequeños escudos que todos muestran fijados en las gorgueras son los de las familias á que pertenecen. — Este grabado representa una parte del fresco que se encuentra en la iglesia de Hoflach y mide 22 pies (6'42 m.) de largo por 8 (2'33 m.) de alto. Conmemora la victoria de los duques Ernesto, Alberto y Guillermo de Baviera (rama de Munich) sobre el duque Luis de Ingolstadt, cerca de Alling, en 20 de setiembre de 1422.

la exposicion y fundamento de su doctrina en el concilio, Eugenio IV disolvió esta asamblea con pretextos fútiles, prometiendo que año y medio despues se reuniría otro nuevo concilio bajo su presidencia en Bolonia. En vano procuró Cesarini apartar al Papa de su resolucion; el Papa continuó inflexible, y su decreto causó tan mal efecto en todos los ánimos, que los reunidos en Basilea desobedecieron el mandato pontificio y continuaron sus sesiones bajo la presidencia de Cesarini. El concilio habia confirmado en su primera sesion plena, celebrada el 14 de diciembre, los decretos del de Constanza declarando á los concilios generales superiores al Papa. En la segunda sesion, el de Basilea, en contestacion á la bula de disolucion de Eugenio IV, resolvió declarar que el concilio no podia ser disuelto por el Papa sin su propio consentimiento. Este acto enérgico convirtió de un golpe al concilio de Basilea en dueño de la situacion, con aplauso de toda la cristiandad y apoyo de los reyes y príncipes. El mismo Eugenio IV volvió á mejor acuerdo y envió representantes con poderes, ofreciendo retirar el de-

creto de disolucion con ciertas condiciones; pero el concilio no admitió evasivas é insistió en la comparencia personal del Papa, y viendo que no se presentaba, le formó á él y á muchos cardenales causa por inobediencia. El Papa se sometió, pero no inspiró ya confianza y todo el mundo receló de él.

En mayo de 1432 se habian discutido en Eger con los jefes husitas las condiciones bajo las cuales sus enviados se presentarían ante el concilio; y habiendo sido admitidas, llegaron aquellos en el mes de octubre á Basilea. Fueron bien recibidos en el concilio, que á la sazón se habia puesto de acuerdo sobre la marcha de sus tareas, porque la adoptada en Constanza no habia dado resultados satisfactorios. La votacion por naciones, si bien fué un progreso, habia dado lugar al inconveniente de que los pocos eclesiásticos españoles, que llegaron tarde, habian tenido como representantes de una nacion igual voto que la nacion alemana, en la cual iban comprendidas para los efectos eclesiásticos la polaca, la húngara y otras. El clero, por otra parte, no quiso seguir